



## Volviendo a Claudel

Para todos los que buscan en el teatro esa plenitud estética que sólo se da en la forma unida al espíritu, ha sido una fiesta de altas resonancias el poder gustar en nuestro idioma, sin menoscabo de sus valores rítmicos ni de su fresco arcaísmo medioeval, la más luminosa de las obras del que, por su grandeza parecería intraducible.

Me estoy refiriendo a "LA ANUNCIACION A MARIA" de Paul Claudel, vertida al castellano por Román Viñol y Barreto, quien, al frente del conjunto uruguayo "ARS FULCHRA" nos brindó el 10 de Octubre, a auspicios del Centro Santo Tomás, la interpretación de ese magnífico misterio.

Obra hecha con la espiritualidad de la piedra, la elevación gótica de la catedral y destellos de fuego divino, tiene sobre todo, el evangélico sentido del acatamiento a la voluntad celestial, que nos llega desde el título, en el insustituible ejemplo de María que responde al ángel que le anuncia su milagrosa maternidad.

"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra"

Y la voluntad de Dios se expresa ya en el prólogo cuando Violaine, creyéndose llamada a la felicidad, exclama:

"Todo está ordenado de antemano y yo estoy muy contenta".

Y luego en Pierre de Craon, el leproso que lleva en su carne el castigo de la carne, imagen de la penitencia que busca elevarse por la piedra en la creación de la catedral.

"No puede la piedra elegir su lugar, sino que es el maestro de obra quien lo elige".

Pródigo en simbolismo, el drama se inicia con una puerta cerrada que Violaine abre a Pierre de Craon. Y como si por esa puerta entrase el dolor, Violaine, comprendiendo toda la soledad y la desgracia de Pierre, le da un beso. ¡Poemática dádiva que, por el milagro, será la vida para Pierre de Craon y la muerte para Violaine!

"Y ella concibió el gran dolor del mundo que estaba en torno a ella".

No se trata aquí del dolor expiación, como en el caso de Pierre, sino del dolor que es sacrificio ofrecido a Dios en reparación por el mal del mundo. Y muy cerca de Violaine, en su misma hermana Mara estaba la maldad Caín junto a Abel.

Violaine, comprendiéndolo, apura todo el sufrimiento humano y en

oblación a Dios quema ese su amor por Jacques, fragante y sencillo como el pan, para elevarse por el triángulo de la llama hasta ese amor divino que resplandece en santidad.

Y porque ha entrado el dolor, el padre, Anne Vercors, abandona su dicha de 30 años para irse como cruzado a reparar el mal de los hombres, el mal de una patria sin rey y de una cristianidad que no posee el sepulcro de Cristo.

Elizabeth, la madre, acepta con apenas esbozada rebeldía el alejamiento del marido y la hija: es la mujer que cumple pasivamente con su deber, pero no sabe resistirse al mal, aún cuando éste la hace su cómplice. "Dante la hubiera colocado fuera del Infierno y del Cielo, en un lugar anónimo como su vida".

Y mientras se va el padre y se va Violaine a ocultar su enfermedad en el bosque, Mara gana sobre la hermana una victoria en el corazón de Jacques quien, nada más que hombre, reemplaza sin mayor desgarramiento el amor de una sonda por el de una pérdida.

Pero el triunfo final no estará en la pasión inquietante de Mara, sino en el renunciamiento apacible de la que, por haber "elegido la mejor parte", alcanzará la zona intangible del milagro.

Así también lo comprende Mara, la humanamente fuerte que, en la blancura de la Nochebuena se llega al bosque para pedir a una pobre leprosa ciega la resurrección de su hijita Aubaine.

Bajo un coro de ángeles y luces celestiales, el mismo día en que, cumpliéndose la Anunciación, un Niño nació a una Virgen, la niña renace bajo la carne carcomida de otra virgen, con los ojos azules de Violaine. Es la muerte moral que renace por la fe. Pero es algo más: es la conquista por el espíritu de todo lo que niega la carne.

Y Violaine, madre espiritual de la hijita de Jacques, va a recuperar también por el espíritu, al mismo Jacques, que ha comprobado que el amor es algo mucho más sublime que el simple lazo terrenal y que, aún a través de las llagas físicas es posible anegarse en luz.

Pero Mara, que poseída del demonio, odia la Cruz y a todos los que unen su destino a la Cruz, movida por los celos, causará la muerte de su hermana y la desesperación de Jacques, quien, como un niño, sin comprender la hondura de la tragedia, exclama: "La felicidad ha terminado para mí".

Respóndole entonces la moribunda:

"Díme ¿Qué importa un día lejos de mí?"

Pronto habrá pasado y entonces, cuando llegue tu turno y sientas cruzar y remover la puerta inmensa estaré aguardándote del otro lado".

Y otra vez como en el prólogo, nos encontramos con el símbolo de la puerta que es necesario abrir. Ahora la puerta se abre ante ese dolor supremo que es la muerte, pero que es también el paso a la eterna bienaventuranza.

Como lo es la muerte de Violaine. Muerte poblada de inmortalidad. De beatitud. De fe. De la fe que renace en la Francia de hoy. Porque Violaine ha abierto la puerta.